

Agustín R. González y su Historia del Estado de Aguascalientes. *Un análisis historiográfico*¹

FRANCISCO JAVIER DELGADO AGUILAR

Instituto Mora

1. INTRODUCCIÓN

Desde su publicación en el año de 1881, la *Historia del Estado de Aguascalientes* escrita por Agustín R. González ha sido calificada como una obra poco digna de confianza, llena de hechos inexactos o totalmente falsos, sin sustento en fuentes de primera mano o, sencillamente, anacrónica en sus objetivos y estilo.

Sus contemporáneos, al parecer, optaron por ignorar la aparición del libro, el cual no causó ninguna expectación entre la sociedad local, a pesar de ser la primera historia íntegra del estado. En *Un Viaje a Termápolis*, Eduardo J. Correa consigna que el mismo hermano del autor, un filósofo y latinista destacado, aseguraba que el libro era “un fárrago de mentiras y se solazaba en desmenuzarlo desde diferentes puntos de vista”.²

1 El presente artículo es el resultado final de un seminario sobre historiografía mexicana impartido por el doctor Andrés Lira en el Instituto de Investigaciones José María Luis Mora. El autor agradece las observaciones tanto del doctor Lira, como del doctor Jesús Gómez Serrano, que resultaron de gran utilidad para la redacción del texto final.

2 Eduardo J. Correa, *Un Viaje a Termápolis*, Instituto Cultural de Aguascalientes/Gobierno del Estado de Aguascalientes, México, 1992 [1937], pp. 193 y 194.

Entrado el siglo XX, la *Historia del Estado de Aguascalientes* comenzó a ser vista como una obra anacrónica. A este respecto es muy interesante el testimonio de Pedro de Alba, quien en *Niñez y juventud provincianas*, menciona que Agustín R. González

no es un historiador anecdótico ni amante de describir hazañas asombrosas; comienza su historia dando una idea de la geografía física, social y económica de su estado y de la industria, de la minería y del artesanaje. Poco a poco lo va envolviendo la epopeya hasta llegar a las épocas en que él mismo actúa y observa los hechos de primera mano. Los héroes que se destacan en su obra son civiles, sin descuidarse de los militares y de la ciudadanía anónima que llegaron a ser exponentes de las causas más nobles de la integración nacional de México.

No obstante el equilibrio y la exactitud de la anterior apreciación, el mismo Pedro de Alba mencionaba que “dentro de las disciplinas severas de los historiadores de nuestro tiempo, tal vez se encuentra a don Agustín González un poco romántico, con un afán excesivo de hacer citas clásicas o de recrearse con frases un tanto ampulosas”.³

El libro no se volvió a editar sino hasta 1974 por la imprenta de Francisco Antúnez. Ésta fue la edición que conoció un grupo de estudiantes de sociología de la Universidad Autónoma de Aguascalientes que a fines de la década de los setenta se interesó por la historia local. Formados en los paradigmas teóricos del marxismo, el grupo concluyó que la *Historia del Estado de Aguascalientes* “no servía para nada” y que, por lo tanto, la historia estatal “estaba todavía por escribirse”.⁴

3 Pedro de Alba, *Niñez y juventud provincianas*, nota introductoria de Jorge Alba, Instituto Cultural de Aguascalientes/Gobierno del Estado de Aguascalientes, México, 1996, p. 175.

4 Jesús Gómez Serrano, “La historia colonial de Aguascalientes contada por Beatriz Rojas”, en *Caleidoscopio*, Número 6, julio-diciembre de 1999, p. 219. (El autor aclara que tardó varios años en “leer con provecho” ese texto, al que considera “un clásico de la historiografía regional mexicana”).

A pesar de todo, la obra de Agustín R. González es utilizada con provecho por varios de los historiadores dedicados al estudio del pasado de Aguascalientes, aunque muchos, como en el siglo pasado, la critican por su falta de sustento documental y la inexactitud con que la que describe ciertos hechos de la historia estatal. Así, en un estudio biográfico sobre los insurgentes Pablo José Calvillo y Pedro Parga, José Antonio Gutiérrez acusa a Agustín R. González de manejar “a su antojo y sin una fundamentación rígida en sus aseveraciones” la figura de Pedro Parga. Basado en la supuesta “falta de fuentes” de González y en la inconsistencia de algunos de los hechos que narra acerca de la vida de Parga, José Antonio Gutiérrez concluye que lo que dejó la “calenturientemente liberal” de Agustín R. González sobre Pedro Parga fue una “extraordinaria biografía novelada”, pues lo único que está comprobado acerca de la vida de este hombre es que fue coronel en el ejército federal, tuvo una pensión modesta y murió de gastritis crónica a los 80 años de edad.⁵

El objetivo del presente trabajo es analizar la obra de Agustín R. González, *Historia del Estado de Aguascalientes*, desde una óptica meramente historiográfica. No interesa de manera primordial, por lo tanto, confrontar las afirmaciones del autor con lo que ahora se conoce acerca de la historia local para saber si dijo o no “la verdad”. Se trata más bien de tomar en cuenta el contexto historiográfico en el que González escribió su libro para analizarlo en los términos de su época y evitar así caer en refutaciones anacrónicas que de poco sirven para comprender al autor y su obra.

Hay que considerar entonces, como punto de partida, que González redactó su *Historia* como “un político en retiro, según

5 José Antonio Gutiérrez, “Dicciones y contradicciones. Los Insurgentes Pablo José Calvillo y Pedro Parga”, en *Mascarón*, Año II, #24, septiembre de 1995.

los modelos vigentes en la segunda mitad del siglo XIX”,⁶ y a partir de aquí, emprender un primer acercamiento en donde se tomen en cuenta aspectos como la forma en que concebía la historia, el tipo de fuentes que utilizó, los objetivos que tuvo al escribir, etcétera.

2. DATOS BIOGRÁFICOS Y CONTEXTO GENERACIONAL

Agustín R. González nació en el estado de Aguascalientes en el año de 1836. Aunque sólo recibió instrucción elemental, fue una figura destacada de la vida política de la entidad en la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo durante los años de la Reforma y la República Restaurada y siempre del lado de los liberales radicales.

En 1857, por ejemplo, participó en la redacción de la constitución local y posteriormente fue colaborador destacado del gobernador Esteban Ávila entre los años de 1861 y 1862. Aunque tuvo un desliz durante los años del Segundo Imperio —cuando fungió como secretario del ayuntamiento de la capital—, continuó con su carrera política al lado de los liberales durante la República Restaurada. Fue en este periodo cuando gozó, como secretario de gobierno y colaborador cercano del gobernador Jesús Gómez Portugal, de una gran influencia política, lo que le ganó la inquina de muchas personalidades de la localidad.

Su buena estrella declinó a partir de 1871, pues en ese año Gómez Portugal abandonó la gubernatura presionado por la oposición de los liberales moderados encabezados por Ignacio T. Chávez. González salió del estado y ocupó un escaño en el Congreso Federal, para después ser encarcelado en 1877 y 1879, acusado de conspirar contra el gobierno. Ello no fue obstáculo para que en 1882 Agustín R. González entrara a la Cámara de

6 Jesús Gómez Serrano, “La historia colonial de Aguascalientes”, p. 219.

Senadores, lo cual marcó el fin de su carrera política activa, pues como en la gran mayoría de los casos, su ingreso al Senado significó una “jubilación anticipada”.

Las actividades políticas no le impidieron a González dedicarse también a labores periodísticas y literarias. En Aguascalientes, por ejemplo, fue el principal responsable de periódicos como “La Cotorra”, en 1860, “La Aurora de México” en 1866 y “La Voluntad de Aguascalientes”, en 1871, entre otros. Participó también en publicaciones como *El Porvenir*, *El Correo del Comercio*, *El Siglo Diez y Nueve* y *El Republicano*. Incursionó también en la poesía, la comedia, el drama y la biografía. En 1871, por ejemplo escribió algunas biografías de personajes históricos que fueron publicadas en la obra colectiva editada por Eduardo L. Gallo: *Hombres ilustres mexicanos*, en donde participaron gente como Ignacio Manuel Altamirano, José María Lafragua, Manuel Payno, Ignacio Ramírez, Alfredo Chavero y José María Vigil.⁷

Comenzó a escribir su principal obra, *Historia del Estado de Aguascalientes*, a fines de 1879, para publicarla en 1881, con prólogo de José María Vigil. Al año siguiente pasó, como ya se mencionó, a formar parte del Senado y radicó en la ciudad de México hasta su muerte, en 1907.⁸

7 Eduardo L. Gallo, (editor), *Hombres ilustres mexicanos. Biografías de los personajes notables desde antes de la conquista hasta nuestros días*, Imprenta de I. Cumplido, México, 1873.

8 La semblanza biográfica del autor se basa principalmente en: Jesús Gómez Serrano, “Para leer a Agustín R. González”, en Agustín R. González, *Historia del Estado de Aguascalientes*, Instituto Cultural de Aguascalientes/Gobierno del Estado de Aguascalientes, México, 1992, pp. 9-11. Los datos acerca de su actividad política y literaria en el estado se encuentran en: Jesús Gómez Serrano, *Aguascalientes en la historia. 1786-1920*, Gobierno del Estado de Aguascalientes/Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, México, 1988, Tomo I/Vol. I, pp.167-361, Tomo III/Volumen II. pp. 309-405. Para el significado del paso de Agustín R. González por el Senado ver: François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, p. 114.

El perfil biográfico y las actividades de González coinciden con las señaladas por Antonia Pi Suñer para la llamada generación tuxtepecana, cuyos miembros nacieron entre 1825 y 1840. Estas personas se caracterizaron por combinar “aparentemente sin problema, la literatura con la política, el periodismo con la acción legislativa, las armas con la oratoria”.⁹

Por otro lado, en un análisis de historiografía regional, Wigberto Jiménez Moreno ubica a González en la llamada “generación pleni-reformista”, conformada por aquellos que nacieron entre 1824 y 1837. Junto a González, Jiménez Moreno menciona a otros historiadores regionales como José Antonio Gay (Oaxaca), Eustaquio Buelna (Sinaloa), Eligio Ancona (Yucatán) y Manuel Gil y Sáenz (Tabasco), quienes publicaron sus obras a fines de la década de 1870 y principios de 1880.¹⁰

3. CARACTERÍSTICAS DE LA HISTORIOGRAFÍA TUXTEPECANA

Es importante, antes de pasar al análisis del libro de Agustín R. González, enumerar, así sea brevemente, las principales características que la historia escrita presentó a inicios del Porfiriato, pues esto servirá como referente al analizar la *Historia del Estado de Aguascalientes*.

Destaca en primer lugar la concepción progresista del desarrollo histórico, ya que cada periodo de la historia era considerado como parte de un proceso evolutivo cuyo resultado final sería

9 Antonia Pi-Suñer, “La generación de Vicente Riva Palacio y el quehacer historiográfico”, en *Secuencia*, Número 35, mayo-agosto de 1996, pp. 84-86 e “Introducción”, en Juan A. Ortega y Medina/Rosa Camelo (coordinación), *Historiografía Mexicana*, Volumen IV, UNAM, México, 1996, pp. 17-21.

10 Wigberto Jiménez Moreno, “Comentarios a la ponencia de Luis González”, en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la tercera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*, UNAM/Colmex/University of Texas, México, 1971, p. 267.

la integración nacional.¹¹ Bajo esta creencia, el principal objetivo de los historiados de la época fue transmitir una cultura histórica que conciliara a los mexicanos con su pasado y reafirmara su identidad nacional. Se buscaba un discurso que integrara todas las épocas por las que había pasado el país, sin negar ni la época prehispánica ni el pasado colonial.

Como también se escribía con fines moralizantes, “para mejorar la sociedad”¹², el historiador no se rehusaba a emitir juicios sobre la época o los personajes históricos que analizaba. Durante esta época se consideró que “la misión última de la historia era funcionar como un tribunal, por lo que el historiador debía rendir culto a la justicia”.¹³ Así, no se dudó en combatir la influencia clerical, la guerra de facciones y las intervenciones extranjeras. Era una historiografía secular, cívica y nacionalista.¹⁴

Existió asimismo una constante preocupación por la crítica de fuentes, el establecimiento riguroso de los hechos históricos y la búsqueda de la verdad y la imparcialidad. Las referencias bibliográficas se volvieron esenciales, así como la investigación minuciosa y la recopilación de documentos auténticos. Se postulaba que el historiador debía “despojarse de sus propias opiniones y afectos”.¹⁵

11 Enrique Florescano, *Etnia, Estado y Nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, Editorial Nuevo Siglo/Aguilar, México, 1997, pp. 445, 446 y 450.

12 José Ortiz Monasterio, José, “Los orígenes literarios de México a través de los siglos y la función de la historiografía en el siglo XIX”, en *Secuencia*, Número 35, mayo-agosto de 1996, pp. 111, 114-117

13 Antonia Pi-Suñer, “La generación de Vicente Riva Palacio”, p. 106

14 Enrique Florescano, *Etnia, Estado y Nación*, p. 435

15 Antonia Pi-Suñer, “La generación de Vicente Riva Palacio”, pp. 101, 105 y 106.

4. AGUSTÍN R. GONZÁLEZ Y LA *HISTORIA DEL ESTADO DE AGUASCALIENTES*

A) *EL CURSO DE LA HISTORIA Y SUS PROTAGONISTAS*

La visión que Agustín R. González tenía del desarrollo de la historia coincide con la visión providencialista y determinista que predominaba durante la época. Durante estos años la historia era concebida “como una larga y ardua marcha hacia el progreso y la modernidad en un sentido ascendente, acompañada a veces por cambios violentos o revolucionarios”. En esta visión “cada etapa se presentaba como superior a la anterior”. Se recurría además a las explicaciones de tipo providencialista, en donde los factores determinantes eran Dios, la Providencia o la Libertad, aunque sin negar el papel del individuo en la historia.¹⁶

Aún antes de escribir su *Historia*, Agustín R. González tenía ya arraigada una fuerte creencia en el progreso histórico inevitable de carácter providencialista. En 1865, por ejemplo, en un artículo publicado en *La Libertad de México*, aseguraba que “el progreso es la tendencia de las naciones todas, es la aspiración perpetua de toda la humanidad”.¹⁷

Algunas afirmaciones del autor hechas en diversas partes de la *Historia*, confirman lo anterior:

- “...no podía comprender por qué se tenía empeño en aherrojar a los pueblos, por qué se les detenía en el camino del progreso que Dios les ha trazado”.

16 Antonia Pi-Suñer, “La generación de Vicente Riva Palacio”, pp. 103. 104, e “Introducción”, en Juan A. Ortega y Medina/Rosa Camelo, (coordinadores), *Historiografía mexicana*, Volumen IV, pp. 21, 22. R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 93

17 Agustín R. González, “Instrucción pública”, en *Documentos para la historia del liberalismo en Aguascalientes, 1835-1876*, Estudio introductorio, selección, prólogos y notas de Jesús Gómez Serrano, Instituto Cultural de Aguascalientes/Gobierno del Estado de Aguascalientes, México, 1992, pp. 339 y 340.

- “Cada generación, al extinguirse, deja su contingente de virtud y de ciencia, contribuyendo así a la obra lenta del perfeccionamiento de las sociedades”.
- “Creía en la libertad y en que el destino de los pueblos es marchar hacia delante; sabía que no es posible detener a una sociedad que camina armada con la bondad de su causa”.
- “La historia confirma esta verdad: *nunca el porvenir es la repetición del pasado*, y sólo esto es consolador para los que esperamos continuos progresos”.¹⁸

Para el autor, este progreso, aunque era inevitable, podía ser obstaculizado por factores como los son: la lucha de facciones, los motines militares, la falta de educación elemental, etcétera. Pero aún los cambios de gobierno y las luchas de partido tenían una razón de ser, pues como lo señalaba González:

es preciso convenir en que cada cambio de gobierno dejaba una estela luminosa que seguía la sociedad, en que cada escándalo de vivac y cada usurpación nos encaminaban a constituírnos. Insensiblemente dirigía la experiencia los pasos del pueblo hacia el punto donde sobre todos los prevaricatos y las ambiciones todas debía alzarse majestuosa la ley. De este modo vino a determinarse nuestra marcha ascendente en la esfera social y política, correspondiendo a ella los progresos de la instrucción.¹⁹

A pesar de esta visión determinista, González se preocupó por rescatar la memoria de héroes y hombres ilustres del estado que habían destacado por sus hazañas militares, su labor como gobernantes, su espíritu de caridad o su labor educativa, pues a su juicio, la sociedad del estado no había tributado a estas personas el reconocimiento que se merecían.

El autor menciona a gente como Francisco Primo de Verdad (que “representó” a Aguascalientes durante los primeros conatos

18 Agustín R. González, *Historia del Estado de Aguascalientes*, Instituto Cultural de Aguascalientes/Gobierno del Estado de Aguascalientes, México, 1992, pp. 16, 18, 194 y 373. Las cursivas son del autor.

19 *Ibid.*, p. 395.

de la guerra de independencia); Pedro Parga (rebelde insurgente); José María Guzmán (jefe político del partido de Aguascalientes entre 1825 y 1830); Manuel Arteaga (creador del Batallón de Aguascalientes y defensor de la independencia nacional) y José María Chávez (gobernador fusilado por los franceses durante la época del Imperio).

A lo largo de la obra se le otorga un lugar especial a los miembros del Batallón de Aguascalientes, quienes, según el autor, siempre lucharon con valentía y heroísmo a favor de la independencia nacional y el partido liberal. Durante la Revolución de Ayutla, por ejemplo, los jefes y oficiales del batallón destacaron por sus “ataques continuados, rasgos de arrojo, golpes estratégicos o audaces, episodios gloriosos [y] hechos heroicos [que] merecieron los aplausos de la prensa de la República, y el respeto de los mismos enemigos”.²⁰

Se ve aquí un intento por crear un panteón de héroes locales que llene de orgullo a los habitantes del estado, algo similar a lo que hizo Carlos María de Bustamante al escribir el *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*.

Al hablar de individuos y personajes sobresalientes, el autor recurre a la descripción de su físico, sus virtudes morales, sus defectos de personalidad, etcétera, en caracterizaciones similares a las realizadas por Lucas Alamán en su *Historia de México*. Así, sobre José María López de Nava, vicegobernador del estado a mediados de siglo, dice lo siguiente:

Era éste un hombre como de setenta años; blanco, de color rosado, cano, bajo de estatura. De mediana instrucción, pero de un valor civil a toda prueba y de profundas convicciones, podía afrontar y afrontó en efecto aquella situación peligrosa. Los liberales le amaban y le respetaban; el pueblo le creía, equivocadamente, poco exagerado en ideas.

20 *Ibid.*, pp. 199 y 200.

Respecto al papel y la influencia del individuo en la historia, el autor es ambiguo, pues, aunque no hay duda de que le da gran importancia a las acciones individuales, insiste siempre en que las circunstancias históricas del momento en las cuales los personajes vivieron tuvieron un gran peso sobre su actuación. Así, al referirse a los políticos que gobernaron Aguascalientes entre 1856 y 1857, menciona que “estuvieron animados de las mejores intenciones, y si poco hicieron, debióse a las circunstancias y a que entonces se comenzaba a conocer la práctica de las instituciones”.²¹

Para González el pueblo era, junto con los héroes y hombres ilustres, uno de los principales protagonistas de la historia. Aquí hay también una situación ambigua, pues el autor presenta al pueblo y su actuación histórica en dos facetas distintas y, de hecho, contrapuestas. Una de ellas muestra al pueblo siempre unido en defensa de la patria, el partido liberal y la independencia del estado. En este caso el pueblo es un protagonista heroico de la historia.

Una segunda faceta lo presenta, en cambio, contagiado de fanatismo religioso, dividido por el espíritu de partido, dispuesto a apoyar los motines y asonadas del partido conservador, enemigo de la Constitución de 1857, ignorante y reaccionario. En este caso, ya no es pueblo, sino “vulgo que no raciocina [...] que odia ciegamente...”.²²

21 *Ibid.*, pp. 204-206. En contraste con esta afirmación, González, en la biografía que hace de Ahuizótl, asegura que “siempre el consorcio del genio y una voluntad decidida logran todo”. Ver: Agustín R. González, “Ahuizótl”, en Eduardo L. Gallo (editor), *Hombres ilustres mexicanos*, Volumen I, p. 216.

22 Agustín R. González, *Historia del estado de Aguascalientes*, pp. 201 y 202.

B) *EL DISCURSO INTEGRADOR EN LA HISTORIA DEL ESTADO DE AGUASCALIENTES*

Como ya se mencionó, uno de los objetivos de la historiografía de la época era conformar un discurso histórico que integrara todas las épocas por las que había pasado la sociedad mexicana, incluido el periodo colonial. Así pues, se intentaba evitar el odio que se había inculcado hacia el pasado virreinal y el menosprecio con que se veía a las razas indígenas, así como fomentar la cohesión y el orgullo nacionales. De esta manera todos los periodos de la historia mexicana quedarían incluidos “en un discurso integrado que partía de la antigüedad prehispánica, continuaba con el virreinato y la guerra de Independencia, seguía con los primeros años de la República y concluía con la época de la Reforma”.²³

En lo general, la *Historia* de Agustín R. González se ajusta al modelo arriba señalado. Parte de la época prehispánica, pasa por la Colonia, la Independencia y llega hasta el año de 1876. El tratamiento que se le da a cada época, sin embargo, difiere mucho, tanto en extensión como en enfoque. A la época prehispánica, por ejemplo, se le dedica menos de un capítulo, sobre todo por la falta de fuentes y la ausencia de alguna civilización importante que hubiera dejado vestigios arquitectónicos de consideración.

Aunque no lo señala explícitamente en su *Historia*, Agustín R. González utiliza el conocido recurso de los liberales de adjudicar a los indígenas de la época prehispánica un supuesto carácter nacionalista. Esto se puede ver al analizar las biografías sobre reyes aztecas que escribió para la obra *Hombres ilustres*

23 Enrique Florescano, *Etnia, Estado y Nación*, pp. 444-446. Antonia Pi Suñer, “La generación de Vicente Riva Palacio”, pp. 84, 98 e “Introducción” en Juan A. Ortega y Medina/Rosa Camelo, (coordinadores), *Historiografía mexicana*, Tomo IV, pp. 10, 11 y 26.

mexicanos, en donde González hace constante referencia a la existencia de una “nación mexicana” encarnada en los aztecas.²⁴

Su actitud, y en esto también coincide plenamente con los liberales del siglo XIX, cambia radicalmente a la hora de hablar sobre los indios de Aguascalientes. En un pasaje de la *Historia* González asegura, por ejemplo, que “pocos indígenas puros existen [en Aguascalientes], lo que indudablemente ha favorecido y favorecerá el progreso moral y material de aquella parte de la República, no menos que la propicia circunstancia de ser esos pocos indígenas laboriosos y no refractarios a la instrucción”. Más adelante, al referirse a los indios que habitaban en el pueblo de San José de Gracia, señala que “no viven en la abyección y en la ignorancia como otros indígenas”.²⁵

El espacio que se dedica al periodo colonial es también corto —solo tres breves capítulos— y se encuentra marcado por un constante afán de denuncia y crítica. El episodio de la Conquista, del cual se ocupa en un escrito anterior sobre historia de México, lo presenta como un hecho sangriento que acabó con una pretendida independencia nacional: “México —dice el autor— fue conquistado; la sangre mexicana corría a torrentes en defensa de la patria; el virgen suelo de esta rica porción del continente americano, quedó cubierto con la sangre de los cadáveres y las lágrimas de nuestros hermanos”.²⁶

La denuncia de lo que el autor considera fueron los vicios de la época virreinal es continua a lo largo de toda la *Historia*. Se habla, por ejemplo, de despotismo, superstición, servilismo, ido-

24 Agustín R. González, “Chimalpopoca” y “Ahuizótl” en Eduardo L. Gallo (editor), *Hombres ilustres mexicanos*, Volumen I, pp. 73, 231.

25 Agustín R. González, *Historia del estado de Aguascalientes*, pp. 30, 59. Sobre la actitud de los liberales hacia los indios ver: David Brading, *Mito y profecía en la historia de México*, Editorial Vuelta, México, 1988, p. 136.

26 Agustín R. González, “Apuntes sobre historia de México”, en *Documentos para la historia del liberalismo*, pp. 257, 259, 489 y 490.

latría, fanatismo religioso, explotación económica, sociedad dividida en nobles y siervos, “feudalismo”. Durante esta época para Agustín R. González, el pueblo fue esclavo y “los pueblos esclavos no tienen historia, ha dicho un sabio escritor, y esto constituye un axioma”.²⁷

Blanco preferido de estos ataques es la Iglesia Católica, la cual es descrita por González como la base sobre la que descansaba el “teocrático” régimen colonial, pues según su interpretación, las autoridades civiles estaban sujetas a la voluntad de “unos cuantos frailes y clérigos ignorantes, prostituidos y avaros”.²⁸

El tono crítico hacia la Iglesia Católica permea toda la obra, y el autor no pierde oportunidad para denunciar ya fuera la inadecuada educación clerical o el hecho de que los sacerdotes no hubieran intervenido cuando el bandolero Juan Chávez ocupó la capital del estado. No deja de reconocer, sin embargo, la actitud conciliadora del clero local cuando se juró en Aguascalientes la Constitución de 1857.²⁹

La única excepción en el negro panorama que el autor pinta del periodo colonial la constituyen los españoles que fundaron la villa y fueron los primeros habitantes de la región. El autor expresa su admiración por estos colonizadores y se lamenta que poco tiempo después hubieran caído bajo el dominio de los “nobles terratenientes” de carácter “feudal”.

Dado lo anterior no es de extrañar que González exalte la guerra de independencia y la presente como el momento en que Aguascalientes “despierta a la vida” y comienza una época de desarrollo económico y crecimiento demográfico. La guerra y con-

27 Agustín R. González, *Historia del estado de Aguascalientes*, pp. 47-56, 353-358 y 394.

28 Agustín R. González, “Apuntes sobre historia de México”, en *Documentos para la historia del liberalismo*, pp. 490 y 491.

29 Agustín R. González, *Historia del estado de Aguascalientes*, pp. 133, 200, 202, 217, 279 y 280.

sumación de la independencia, para el autor, tuvieron la virtud de modificar profundamente la sociedad:

Al llegar a esta época parece que me encuentro en otro teatro, en otra sociedad cuyos hábitos, costumbres e instituciones no son ya ni con mucho una sombra de lo que fueron poco antes. Se ha operado una completa transformación con una rapidez asombrosa; se ha modificado la manera de ser, de obrar, de pensar. ¡Tanto así influyeron en todas las clases sociales el paso de la colonia a la independencia y del imperio a la República!.³⁰

Así, sin poder hacer tabla rasa de su ideología liberal, el autor no sólo exalta la Independencia, sino también episodios como la Revolución de Ayutla y sobre todo la Guerra de Reforma, épocas en las que él fue protagonista y testigo de los hechos y a las cuales dedica una gran cantidad de capítulos. De esta manera, si para estudiar un siglo de la época colonial sólo ocupa un capítulo de dos o tres páginas, cuando se trata de la época de la Independencia o la Reforma, el autor no duda en extenderse cuanto sea necesario, gracias a lo cual los capítulos abarcan, cuando mucho, periodos de dos o tres años.

Así, al tratar la Revolución de Ayutla, González sostiene que con ella se inició “una era de progreso” en la cual se desamortizó la propiedad del clero, se instaló una fábrica de tejidos y la prensa dejó atrás su carácter corrupto.³¹ Algo similar sucedió, según el autor, durante los años de la Reforma, los cuales fueron los “más fecundos en acontecimientos de cuantos han transcurrido desde que los primeros hombres civilizados vivieron en sociedad en Aguascalientes”.³² No deja de ser sintomático que a ambos episodios de la historia el autor dedique nueve extensos capítulos, que en su conjunto abarcan tan sólo 11 años.

30 *Ibid.*, p. 101.

31 *Ibid.*, pp. 190-193.

32 *Ibid.*, p. 247.

El desequilibrio pues, es notorio, y no sólo se debe a una supuesta falta de documentación —hecho del cual se queja el autor al inicio de la obra—, sino también al mayor peso que daba a la historia reciente, producto a su vez de un afán de defensa tanto de su actuación personal dentro de la política como del conjunto de creencias y principios del grupo liberal. Es obvio entonces que González favorece determinados periodos e ignora y critica otros. Así, al menos en lo que respecta al periodo colonial, podría pensarse que no se busca o no se consigue una visión integral de la historia que reconcilie a la sociedad con todos los periodos de su pasado.

c) *AGUASCALIENTES COMO PARTE DE LA NACIÓN*

¿Cómo justificar el hecho de ocuparse únicamente de la historia de una parte de la República sin ir a contracorriente de la tendencia general que pugnaba por la identidad y la integración nacionales? González resuelve este problema de manera sencilla: Aguascalientes siempre ha estado del lado liberal y ha luchado con heroísmo y denuedo por la independencia y la libertad del país.

De esta manera el autor se preocupa a lo largo de la obra por resaltar el papel y la actitud de la sociedad del estado ante hechos clave como la Independencia, la Guerra de Reforma, la lucha contra los Estados Unidos y el Imperio de Maximiliano, etcétera. Durante la guerra de independencia, por ejemplo, se menciona que

No podía permanecer Aguascalientes apático espectador de aquel gran movimiento, no podía ser indiferente a los goces de la libertad, cuyo nombre es tan caro a los hombres y a los pueblos generosos. Proclamó la independencia, no cuando ésta se había conquistado [...] sino antes, esto es, cuando la derrota hubiera sido funesta a los amigos de la libertad.³³

33 *Ibid.*, p. 94.

En la Revolución de Ayutla ocurrió algo similar, pues a decir del autor “Aguascalientes secundó el movimiento popular, aceptó la revolución de ideas y principios que iniciaba una época fecunda en acontecimientos”. Y durante la Guerra de Reforma “Aguascalientes ofreció sus recursos, la sangre de sus hijos, cuanto tenía, para la defensa del derecho y la justicia, para la lucha que provocaba la más injustificable de las traiciones”.³⁴

La integración de Aguascalientes a la historia nacional se dio también, según la argumentación de González, mediante la lucha militar, con la participación del “Batallón de Aguascalientes”, que compuesto por las más diversas clases sociales del estado, había estado siempre presente en la lucha por la independencia nacional. Aquí se refleja con claridad el carácter moralista que el autor da a su obra, pues después de narrar a detalle la participación del Batallón durante la guerra de 1847, termina con la siguiente frase:

Me abstendré de todo comentario, que parecería débil y pálido, después de la relación de tantos y tan gloriosos hechos. Sólo diré que al consignarlos en mi historia, un sentimiento de legítimo orgullo se apodera de mi corazón. Me envanezco al recordar que nací en un suelo cuyos árboles asombraron las cunas de los héroes que defendieron heroicamente la independencia de México, y glorificaron el nombre de Aguascalientes.³⁵

Así, al igual que Ignacio M. Altamirano, González intenta hacer aparecer la lealtad popular del lado de las luchas liberales como la Independencia o la Reforma.³⁶ El problema surge a la

34 *Ibid.*, pp. 185, 209 y 214.

35 *Ibid.*, pp. 152.

36 David Brading, *Mito y profecía en la Historia de México*, pp. 140 y 141. González asegura, por ejemplo, que a partir del inicio de la guerra de Reforma, “la causa santa de la humanidad y el progreso imperará en la República [...], a pesar del egoísmo y la altanería de los ricos propietarios, la hora de la venganza popular ha sonado ya”. Ver: Agustín R. González, “Apuntes sobre historia de México”, en *Documentos para la historia del liberalismo*, pp. 492 y 493.

hora de narrar la manera como Aguascalientes consiguió su separación de Zacatecas, pues en este caso, ideología e historia no coinciden. Según se sabe, Aguascalientes consiguió su independencia de la mano de Santa Anna, quien, entre los años de 1834 y 1835, decidió la separación para debilitar al gobierno liberal de Zacatecas. González no ignora esta maniobra y menciona que después de la caída de Valentín Gómez Farías, Zacatecas era el único “puerto de salvación” que quedaba a los liberales. Sin embargo, el hecho de que Aguascalientes haya conseguido su independencia a costa de una derrota liberal, no le provoca ningún comentario en particular.

Lo mismo sucedió entre los años de 1852 y 1855, cuando Aguascalientes, que había sido reincorporado a Zacatecas, recuperó su autonomía después de apoyar el Plan de Jalisco en contra del gobierno del general Arista, calificado por el mismo autor como uno de los mejores gobernantes. De nuevo, González opta por el silencio.³⁷

D) HISTORIA Y POLÍTICA

Del libro de Agustín R. González se ha dicho que “tiene menos de exposición documentada de hechos que de defensa apasionada de su propia trayectoria política”.³⁸ Sin duda que, como muchos otros de los historiadores de esos años, González se centró en la historia inmediata de la localidad para justificar y reivindicar no sólo su trayectoria, sino también la actuación y los principios del grupo liberal.³⁹ Conviene aquí, entonces, ahondar en la

37 Agustín R. González, *Historia del estado de Aguascalientes*, pp. 113, 114, 179-183.

38 Jesús Gómez Serrano, “Para leer a Agustín R. González”, en Agustín R. González, *Historia del estado de Aguascalientes*, p. 9.

39 Antonia Pi-Suñer, “Introducción”, en Juan A. Ortega y Medina/Rosa Camelo, (coordinadores) *Historiografía Mexicana*, Volumen IV, p. 24.

argumentación política que subyace en la *Historia*, pues es uno de los aspectos a los que más importancia da el mismo González.

A lo largo de todo el texto el autor critica con constancia la lucha de partidos y facciones que se había dado en el estado desde la época de la independencia. Se ataca este aspecto porque provocaba la división de la sociedad; propiciaba ataques a la moral y a la vida privada de las personas; fomentaba las arbitrariedades y los actos tiránicos y, en fin, porque ahuyentaba las inversiones de capital y constituía un obstáculo al progreso económico. Hay pues, un llamado a la reconciliación y a la unión de los diversos partidos en nombre del avance de la economía y el engrandecimiento del estado.⁴⁰

Es importante aquí resaltar un cambio en la posición política del autor, quien pasó de la beligerancia y la tolerancia a una clara actitud conciliadora. En un escrito publicado en 1860, por ejemplo, González sostenía que en la lucha entablada entre el bando liberal y conservador después de la consumada la Independencia “es imposible la transacción, es inadmisibile el término medio, mal que pese a los moderados; o la nación se hunde en el fango inmundo de la tiranía triunfando la reacción, o se salva para siempre imperando la Reforma”. A continuación aseguraba que para que la República se regenerara era necesario “derramar toda la sangre criminal” que fuera necesaria y cortar todas las cabezas que se levantarán “para que venga la paz, el progreso y la libertad”.⁴¹

Años después, en 1867, González se pronunciaba en contra de una ley de amnistía para los seguidores del Segundo Imperio. Pedía al gobierno ser “inflexible en la aplicación de la ley” y

40 Agustín R. González, *Historia del estado de Aguascalientes*, pp. 109-112, 121-124, 127, 170-176, 218, 220, 340 y 398.

41 Agustín R. González, “Apuntes sobre historia de México” en *Documentos para la historia del liberalismo*, pp. 492 y 493.

postulaba que era inútil “economizar un poco de sangre criminal para derramar a torrentes más tarde la sangre inocente en mil asonadas que indudablemente promoverán los irreconciliables enemigos de México”.⁴²

Este afán cedió cuando González y su grupo estuvieron en el poder y se enfrentaron a una sólida oposición local. Así, en un artículo publicado en 1870 en las páginas del periódico oficial del estado, González, al apoyar el establecimiento de la Cámara de Senadores, sostenía que los mexicanos debían “huir de la anarquía, del desacuerdo entre los poderes de la nación, y hacer esfuerzos para que éstos formen como hemos dicho un todo armónico que restablezca la unión de los partidos y de los mexicanos”.⁴³

Aunque los artículos citados no forman parte de su obra histórica tienen el mismo objetivo que ésta: defender principios y posiciones políticas. Lo que interesa resaltar entonces, es que el autor, a principios de la década de los ochenta del siglo pasado y retirado de la actividad política local, opta, muy a tono con la época, por una llamado a la reconciliación política en aras del progreso económico. Esta posición se refleja claramente en los llamados a la conciliación que hace en su *Historia*.

La argumentación política del libro, sin embargo, no se reduce a una crítica de la lucha de facciones, pues hay también una clara defensa de los principios liberales y de la actuación pública del autor. De la lectura realizada se desprende que González realiza su alegato político al menos en tres niveles. El primero sería el nivel doctrinal, en donde se emprende la defensa del credo y del partido liberal en general. En este nivel no hay concesiones y la defensa se realiza a ultranza. Se ataca siempre al partido conservador y se exalta la actuación de los liberales, quienes según

42 Agustín R. González, “Justicia”, en *Documentos para la historia del liberalismo*, pp. 210-212.

43 Agustín R. González, “El establecimiento del senado”, en *Documentos para la historia del liberalismo*, pp. 485-488.

el autor, siempre apoyaron el progreso del estado de Aguascalientes.

Un buen ejemplo de cómo González utilizaba la historia con fines políticos puede encontrarse en un artículo publicado en 1867 sobre la Intervención Francesa en Aguascalientes. En este texto el autor menciona que su objetivo es hacer “una narración sucinta de los crímenes que dicha intervención y el imperio perpetraron en Aguascalientes”.

A continuación ataca la actuación de los franceses en Aguascalientes. Los acusa, por ejemplo, de haber protegido asesinos y bandoleros; de haber asesinado gente inocente, como José María Chávez, gobernador del estado; de imponer prisiones arbitrarias y multas injustificadas; etcétera. Ataca también a los mexicanos que aceptaron puestos de gobierno durante la intervención. Así, al prefecto político de esos años, Francisco R. Esparza, los presenta como “hombre oscuro, ignorante y grosero, tirano por estupidez”.

Para terminar, el autor menciona que tanto los franceses como los “traidores” mexicanos serán maldecidos para siempre por “la imparcial historia y todos aquellos que tengan en algo la humanidad y la civilización, la dignidad y la libertad de nuestra patria”.⁴⁴

En su alegato el autor se ocupa también de los grupos políticos liberales. En este caso Agustín R. González no duda en criticar a los miembros del partido liberal del cual formaba parte. Así, denuncia abusos e injusticias de gente como Esteban Ávila y Jesús Gómez Portugal, gobernadores de la época con quienes colaboró estrechamente. Los liberales moderados son también blanco de la crítica del autor quien los acusa, entre otras cosas, de haber permitido que el sanguinario bandido Juan Chávez ocupara y sa-

44 Agustín R. González, “Apuntes para la historia de la intervención y el imperio en Aguascalientes”, en *Documentos para la historia del liberalismo*, pp. 213-220.

queara la capital del estado.

Un tercer nivel es el personal. Aquí es importante tomar en cuenta el momento en que González emprendió la escritura de su libro. Exiliado de Aguascalientes después de haber tenido una gran importancia en la vida política del estado y alejado ya del poder real desde donde se tomaban las decisiones importantes, no es de extrañar que el autor sintiera la necesidad de escribir para justificar su trayectoria política y la de su partido.

En este caso el autor es ambiguo, pues en ocasiones acepta ciertas responsabilidades y se muestra arrepentido de haber perpetrado sucias maniobras políticas o participado en el decadente debate político estatal. En la mayoría de los casos, sin embargo, González no pierde oportunidad para deslindarse de ciertas decisiones comprometedoras o que él consideraba arbitrarias, como fusilamientos, saqueos o la famosa “Ley Agraria” de Esteban Ávila. Una muestra de arrepentimiento:

También yo participé de los errores que hoy combato [...] En la edad en que todo se cree, porque la imaginación lo facilita todo, y las esperanzas acrecen a pesar de las severas lecciones de la experiencia, yo también pagué tributo a las comunes preocupaciones; pero ha venido otra edad en la cual se investiga, se compara y se elige, y ha cambiado mi opinión.⁴⁵

Así, aunque no se puede negar que el autor emprende la defensa de su credo, de su partido y de su persona, conviene no perder de vista que acepta ciertos errores y se muestra arrepentido de haber sido partícipe de ellos. De todas maneras, se está aquí muy lejos de la pretendida imparcialidad y objetividad de que el autor hace gala en varias partes del texto.

45 Agustín R. González, *Historia del estado de Aguascalientes*, pp. 395 y 396.

E) FUENTES Y TEMÁTICA DE LA HISTORIA

Uno de los lugares comunes de la crítica que se le hace a la obra de Agustín R. González es la ausencia de fuentes y documentos a lo largo de su exposición. De la lectura de su libro se desprende, sin embargo, que el autor daba gran importancia a la veracidad de las fuentes utilizadas y trataba de analizarlas con cierto espíritu crítico, consciente de que podían estar manipuladas o distorsionadas.

Así, en consonancia con las tendencias historiográficas predominantes, Agustín R. González muestra una gran preocupación por la veracidad de los hechos narrados y la imparcialidad de su tarea como historiador. Al principio del libro, por ejemplo, el autor asegura lo siguiente: “Tengo que combatir arraigadas preocupaciones, tengo que ser imparcial, exacto en la enumeración de los hechos y en las apreciaciones de ellos.”⁴⁶

Más adelante menciona: “Voy a consignar tristes sucesos, y bien querría evitarlo, si no debiera sacrificar mi voluntad a la verdad histórica, si pudiera dejar de cumplir el deber de tributar un homenaje de respeto a la imparcialidad”. Según González, el historiador debe revelar y denunciar las injusticias de la época “para que no se reproduzcan en lo sucesivo”, aunque esto implique tener que sacrificar la amistad de y allegarse el odio de los involucrados, pues, “¿Ni qué otra cosa tiene que hacer quien escribe concienzudamente la historia?”⁴⁷

Al principio de la obra, González lamenta que en Aguascalientes no existan “crónicas, memorias, monumentos, inscripciones, ni anécdotas siquiera, que son los auxiliares del historiador [...]. Robados o incendiados los archivos en 1863, no puedo consultar los documentos públicos”. De las tradiciones, que podrían “lle-

⁴⁶ *Ibid.*, p. 17.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 17, 87, 88 y 169.

nar en parte el vacío que dejan esos documentos”, el autor asegura que “no resisten la crítica menos severa”, pues la mayoría son “ridículas consejas propagadas por la ignorancia y el fanatismo”.⁴⁸

De entre los textos utilizados por González al principio del libro (los capítulos correspondientes a la descripción geográfica, la época prehispánica y los años de la Colonia) destacan entre otros: el *Ensayo Político* de Humboldt; una *Noticia geológica* de Mariano Bárcena; un *Atlas* de García Cubas; la *Historia de la conquista de la Nueva Galicia* de Mota Padilla; el *Teatro Americano* de Villaseñor; el *Cuadro Sinóptico* de Isidoro Epstein; *Documentos Históricos* de Hernández Dávalos y las obras de Bustamante, de quien se permite hacer la siguiente crítica:

Confieso que acojo con desconfianza algunos de los hechos que refiere este historiador. El Sr. Bustamante, digno de respeto por su patriotismo y sus servicios prestados a la patria en la época de la independencia, ha demostrado en algunas de sus obras una credulidad y una ligereza que están vedadas al que escribe la historia de un pueblo.⁴⁹

Utiliza también, sobre todo para el periodo colonial, documentos de primera mano que reproduce íntegros en el texto, como una noticia escrita por Manuel Antonio Gallardo en 1738 sobre los festejos realizados con motivos de la dedicación de la iglesia parroquial; un “documento inédito” sin fecha con una relación de los curas beneficiados de la parroquia y la “Descripción de la Villa de Aguascalientes” escrita por el subdelegado Pedro Herrera en febrero de 1794.⁵⁰

A partir de la época de la Independencia el autor recurre a testimonios provenientes de la tradición oral, aunque no especifica como los consiguió ni los nombres de las personas que se los comunicaron. Así, al hablar sobre los abusos del subdelegado

48 *Ibid.*, pp. 18 y 19.

49 *Ibid.*, p. 39.

50 *Ibid.*, p. 64.

Felipe Terán en su lucha contra los insurgentes, González se apoya en el testimonio de “hombres verídicos, testigos presenciales además de los sucesos, [que] han pintado a Terán con los más negros colores al referir sus inauditas crueldades”. El mismo González no deja de criticar esta clase de testimonios:

no ignoro que el miedo y el odio han podido exagerar los atentados de Terán, pues demasiado conocida es la influencia que esas pasiones ejercen en el ánimo de los pueblos; sé que la imaginación de éstos, a semejanza de ciertos lentes, agranda los objetos, que son desfigurados los hechos por las tradiciones; pero veo que, aun prescindiendo de lo que es obra del espíritu de partido, descartando lo que el vulgo exagera y la tradición desnaturaliza, Terán aparece a los ojos de la historia como un tirano.⁵¹

A partir de aquí, el autor otorga especial importancia a los recuerdos personales de los acontecimientos que presenció o en los que fue actor principal. Utilizará también documentación oficial; periódicos y hojas sueltas de la época; cartas de particulares; partes militares; comunicaciones personales que le fueron hechas por protagonistas de los hechos y libros como los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos*; la *Historia* de Lucas Alamán (de la cual no menciona el título); las *Rectificaciones Históricas* de Miguel Blanco; la *Reseña Histórica* de Arias y la *Historia de la Intervención Francesa* de Lefebvre.

No se puede decir, entonces, que en la obra de González no exista investigación documental, aunque es necesario admitir que el autor no era riguroso para verificar la veracidad de ciertos hechos ni tampoco a la hora de especificar las fuentes que utilizaba, pues son muy pocas las notas a pie de página que existen en el libro. En este caso, las pretensiones de imparcialidad y documentación detallada de que el autor hace gala a lo largo del texto quedan muy lejos de lo que ofrece como resultado final.

51 *Ibid.*, pp. 87 y 88.

En el libro predominan los temas tradicionales de la historiografía de la época: hechos políticos y militares. Así, se describen con detalle batallas, enfrentamientos entre adversarios políticos, maniobras e intrigas de cada partido para llegar al poder o, una vez en él, reprimir al contrario; celebración de elecciones, promulgación de leyes; actividad de la prensa; obras públicas; bandolerismo; situación del erario estatal, etc.

Los hechos de armas, que ocupan buena parte del texto, se describen en tono dramático y casi novelístico, con constantes referencias a sucesos de la historia europea. Así, González compara los intentos de los liberales por tomar la capital del país durante la Guerra de Reforma con los movimientos militares que dieron “a Carlos XII y a Mazeppa la toma de Otchakof”.⁵² Posteriormente, cuando describe un episodio de la Intervención Francesa en Aguascalientes durante el cual estuvo a punto de ser fusilado, González menciona que el día en que lo enjuiciaron, “gruesas nubes cubrían el horizonte; soplaban un fuerte viento del norte que parecía murmurar una funesta sentencia que helaba la sangre”.⁵³

El autor, sin embargo, no se limita a lo anterior y también toma en cuenta asuntos como la geografía del estado; la situación económica (minería, agricultura e industria); el desarrollo de epidemias y enfermedades; la educación; las costumbres y la vida cotidiana y la literatura. De hecho el mismo autor asegura que “no puede jactarse de conocer la historia de un pueblo quien no estudia sus costumbres, quien no penetra hasta el hogar doméstico y examina allí, en las calles, en las plazas, en los templos, los hábitos que componen la sociedad, cuyos hechos dignos de figurar en la historia son el reflejo de las acciones privadas”.⁵⁴

52 *Ibid.*, pp. 225 y 228.

53 *Ibid.*, pp. 229 y ss.

54 *Ibid.*, pp. 351 y 352.

F) OBJETIVOS Y UTILIDAD DE LA HISTORIA

A lo largo de todo el libro, Agustín R. González no oculta sus propósitos moralizantes. Para él, la historia sirve para enseñar “lo verdadero y lo bueno, lo útil y lo bello”. “Enfrente del error y el crimen, del egoísmo y la corrupción, la historia —dice González— coloca la luz y la ciencia, la abnegación y el heroísmo. Si bien se ven en sus páginas la violencia y la astucia, el frío indiferentismo y la insaciable avaricia, también nos revela acciones heroicas de equidad, de justicia y de caridad”. La historia, pues, “nos muestra a la virtud con todas sus galas y al vicio en su deformada desnudez, haciendo así que las desventuras y los desastres pasados engendren la concordia y la dicha en provecho de las generaciones venideras”.⁵⁵

Por estas razones, el historiador, según Agustín R. González, “debe ser la voz viva de la conciencia del pueblo, que debe interpretar fielmente el sentimiento moral”, para lo cual se necesita “no sólo talento, sino corazón y fe, amor a la humanidad, paciencia en las investigaciones...”.⁵⁶ Lo anterior coincide con un rasgo predominante de la historiografía de la época, que era la búsqueda de un sustento ideológico de carácter cívico y laico que sustituyera las creencias clericales. Así, según la interpretación de Antonia Pi-Suñer, “los relatos históricos, moralizantes y edificantes para la juventud, jugarían ahora el papel que antes habían jugado los religiosos”.⁵⁷

55 *Ibid.*, pp. 17 y 18.

56 *Ibid.*, p. 17. Este argumento es muy parecido al utilizado en el prólogo de la obra ya mencionada de *Hombres ilustres mexicanos*, en donde se consigna que “para escribir la historia se necesita talento, fe, corazón y paciencia en las investigaciones”. La historia, pues, “debe ser obra de sentimiento, de arte y de ciencia”. Ver Eduardo L. Gallo (editor), *Hombres ilustres mexicanos*, Tomo I, pp. 5,6.

57 Antonia Pi-Suñer, “Introducción”, en Juan A. Ortega y Medina/Rosa Camelo, *Historiografía Mexicana*, Volumen IV, p. 25

Un segundo objetivo de la obra es la exaltación de Aguascalientes. El libro de González intenta destacar los méritos de la sociedad estatal, sus aportaciones en la defensa de la patria y la libertad, su desarrollo económico, sus héroes. “Defenderé – dice el autor al principio del libro— el nombre del Estado y levantaré cuanto pueda su gloriosa bandera”.⁵⁸ En este caso, así como la historiografía nacional intentaba exaltar el amor a la patria y enaltecer a los héroes liberales, la historia local de González tuvo por objetivo fomentar el orgullo y el cariño a la patria chica aguascalentense.

Un tercer objetivo ligado al anterior es denunciar los obstáculos que se oponen al progreso económico del estado, de entre los cuales se destacan: la falta de apoyo a la educación, la lucha de facciones, la desunión, la falta de espíritu comercial que ha impedido la explotación de los recursos naturales, el arraigo de las supersticiones y las costumbres religiosas, etcétera. Todos estos factores se mencionan y denuncian a lo largo del libro. Aquí, la historia funciona como “maestra de la vida” que enseña a la sociedad los errores cometidos en el pasado –sin renunciar a enjuiciar y condenar esos mismos errores— para así poder evitarlos en el futuro.⁵⁹

Finalmente, el mismo González externa su deseo de que el libro “pueda servir de algo para formar la historia general de la República”. Es interesante observar que algo similar señala en el prólogo de la obra José María Vigil, quien apuntaba que si al texto de González se unían más historias estatales “no pasará mucho tiempo sin que tengamos una preciosa colección de documentos que serán de inmensa utilidad para los que más tarde desenvuelvan en una gran síntesis la historia general de México,

58 Agustín R. González, *Historia del estado de Aguascalientes*, pp. 19-22.

59 Antonia Pi-Suñer, “Introducción”, en Juan A. Ortega y Medina/Rosa Camelo, (coordinadores), *Historiografía mexicana*, Volumen IV, p. 24.

aprovechando los inapreciables elementos con tanta laboriosidad acopiados”.⁶⁰

4. CONCLUSIONES

Una primera conclusión, que puede parecer obvia pero no por eso resulta menos importante, es que la obra de Agustín R. González responde a los criterios historiográficos predominantes durante la época. De hecho, en última instancia, podría decirse que la *Historia del Estado de Aguascalientes* no es sino la aplicación al estudio de la historia regional de los conceptos historiográficos prevalecientes a principios del Porfiriato.

El libro está lleno de referencias que demuestran que el autor tenía un concepto providencialista y progresista del devenir histórico. Acorde con su época, González también compartía la idea de que la historia debía servir como un instrumento de moralización de la sociedad y para fomentar el orgullo por la tierra donde se había nacido, lo cual lo llevó a crear lo que sería el primer panteón de héroes y hombres ilustres del estado de Aguascalientes.

Además, a pesar de ocuparse de la historia de un estado, el autor no renuncia a los afanes de integración de todas las etapas de la historia de México y de fomento de la identidad nacional, que eran las principales preocupaciones de los escritores de la época que se ocupaban del estudio de la historia nacional. El afán por documentarse con fuentes de primera mano y someterlas a un proceso de crítica para acceder a la verdad histórica y lograr una descripción detallada e imparcial de los hechos, son también aspectos por los que el autor muestra gran preocupación, acorde con las tendencias predominantes.

60 José María Vigil, “Prólogo”, en Agustín R. González, *Historia del estado de Aguascalientes*, p. 14.

Lo anterior no significa necesariamente que González entregue una historia imparcial, documentada y exacta de la historia del estado. De hecho, su mismo afán de utilizar la historia con fines de justificación política —como muchos de los historiadores del siglo XIX— lo lleva a cometer errores de juicio y omitir realidades incómodas que pudieran haber afectado su reputación personal o la de los políticos liberales.

A esto hay que agregar, además, que González no consiguió transmitir una visión integral de la historia del estado, pues, como ya se mencionó, a la época colonial sólo le dedica unas cuantas páginas cuyo objetivo era, más que comprender y asimilar una época que se consideraba ya como parte de la historia de México, denigrar y atacar un periodo que para González había sido de esclavitud e ignorancia y, por lo tanto, sin una historia digna de contarse.

Hay pues, una distancia considerable entre lo que el autor promete, según los postulados predominantes en la historiografía de la época, y lo que finalmente otorga al lector. Esto no significa que la obra de Agustín R. González sea poco útil, pues además de que se recurre a ella con constancia en busca de datos de diversa índole, constituye un valioso documento que refleja la forma como se empezó a escribir la historia local, desde una perspectiva secular, cívica y nacionalista. ❁